

me embriagaba, sus garras
devoraban mi cuerpo.

El ruiseñor entonces
cantó desde lo espeso
del bosque: «Oh bella esfinge,
¡oh, amor! ¿Por qué á tus tiernos
placeres acompañan
dolores tan sangrientos?
¡Oh amor, oh bella esfinge!
Revélame el secreto (1).

(1) El autor simboliza en este *Preludio* el pensamiento del *Intermedio*; esto es, el amor y sus dolores. La alegoría no respira sino tristeza, estremecimiento, terror casi apocalíptico: la esfinge que personifica el amor es á la vez horrible y atractiva: tiene el cuerpo y las garras de león, la cabeza y los pechos de una Vénus terrestre cuyos ojos revelan voluptuosidad salvaje y cuyo lábio está lleno de promesas. El poeta, como se ve más abajo, no define el amor, ántes bien ignora su secreto; mas, previo el sentimiento de su deleite y de sus tormentos, parece como que ofrece en este *Preludio* el tono fundamental de sus versos amatorios.

I.

En el hermoso Mayo,
cuando las tiernas flores
comienzan á romper sus botoncillos,
brotaron en mi pecho los amores.

En el hermoso Mayo,
cuando los pajarillos
comienzan á cantar dulces gorjeos
de música inspirada,
también yo he confesado mis deseos
y mis ardientes votos á mi amada.

II.

Muchas y aromosas flores
de mis lágrimas nacieron:
mis suspiros se volvieron
un coro de ruiseñores.
Y si me das tus amores,
niña, para tí serán
todas las flores que han
brotado y á tu ventana
el coro por la mañana
los pájaros cantarán.

III.

Rosas, sol, palomas, lirios:
 todo esto amaba ántes yo
 con delicia; pero ahora
 no lo amo ya. No amo, no,
 más que á tí, tan sólo á tí,
 manantial de todo amor,
 y que para mí eres todo
 á la vez cuanto amé yo:
 eres la rosa, y el lirio,
 y la paloma, y el sol.

IV.

Quando á tus ojos miro enagenado
 se me olvida mi daño y mi dolor:
 cuando beso tu boca con amor,
 al punto estoy curado.

Si en tu seno me es dado reposar,
 de gozo celestial mi pecho inflamas;
 pero si tú me dices que *me amas...*
 me echo al punto á llorar.

V.

Descansa sobre la mia
 tu mejilla sonrosada
 para que así se confundan
 tus lágrimas con mis lágrimas.

Oprime contra mi pecho
 tu pecho para que ardan
 juntos nuestros corazones,
 los dos en la misma llama.

Y cuando la llama absorba
 el torrente de las lágrimas
 y te estreche entre mis brazos,
 moriré, mi dulce amada,
 en un trasporte de amor,
 de enagenacion del alma.

VI.

Yo quisiera que fuese
 introducida mi alma
 en el hermoso cáliz
 de una azucena blanca.

Esa blanca azucena,
 entónces, suspirára
 una ligera y dulce
 cancion para mi amada.

La canción debería
temblar sobre las áuras
y estremecerse, como
el beso que me daba
ella otro tiempo, en horas
de misteriosa calma.

VII.

Desde mil y mil años, allá arriba,
las estrellas de ténue resplandor
permanecen mirando abajo inmóviles
con doloroso amor.

Hermoso y rico idioma es el que hablan;
pero lenguaje extraño debe ser
cuando el talento de ningún filólogo
lo puede comprender.

Yo... lo tengo aprendido para siempre
y no lo olvidaré: me lo enseñó
mi amada sin esfuerzo, y de gramática
su rostro me sirvió.

VIII.

En alas de mi amoroso
cantar te trasportaré
á orillas del caudaloso
Ganges, en donde yo sé
un paraje delicioso.

La luna allí reverbera:
á su resplandor florece
embalsamada pradera,
y á su hermanita parece
que la flor del loto espera.

Los jacintos,—entablada
conversación animada
entre ellos mismos,—amantes
pestañean su mirada
con las estrellas brillantes.

Las rosas que han esparcido
sus aromas á los vientos,
se murmuran al oído
el misterioso sentido
de sus perfumados cuentos.

La tímida y juguetona
gacela viene á escuchar,
y del santo río al par
la corriente monótona
se oye léjos murmurar.]

Allí dormiremos tales
horas bajo las palmeras,
cuyas sombras orientales
derramarán sus quimeras
y sus sueños celestiales.

IX.

El loto, que no resiste
á la mirada del sol,

con la cabeza inclinada
por causa del resplandor
la noche espera soñando.

La luna, que le juró
ser su amada, lo despierta
con su luz; él sin rubor
descubre amorosamente
su dulce rostro de flor.

Mira, brilla, se colora
la luna y por la extension
del cielo muda se lanza.
Él... suspira con dolor,
llora, y de amor se extremece
y de tormentos de amor (1).

X.

En las aguas del Rhin, del santo río,
la santa y gran Colonia se refleja.
Hay en aquella catedral pintado
sobre fondo dorado
un bello rostro, que el desierto mio
siempre consolador ha iluminado.

(1) No se sabe si el loto, que nombra algunas veces Enrique Heine, entre las especies que la botánica estudia, es la yerba acuática del Nilo cuya figura aparece en monumentos egipcios y la cual da nombre á la ninfa *Lotis* de la mitología (que huyendo de Priapo fué convertida en loto), ó si la flor del árbol que se cultiva en África.

De ángeles y flores
que alrededor se mecen,
está Nuestra Señora rodeada:
los ojos y los labios, los colores
de su hermosa mejilla se parecen
mucho á los de mi amada.

XI.

No me quieres, no me quieres;
pero con tal que yo pueda
ver tus ojos, como un rey
contento estaré y sin penas.

Tú vas á odiarme, me odias:
tu boca me lo confiesa.
Déjame besar tu boca:
me consolaré siquiera.

XII.

¡Oh! no jures y abrázame,
deja los juramentos
y abrázame tan solo,
que en juramentos de mujer no creo.

Tu palabra es muy dulce;
pero fuerza es que diga
que el beso que me has dado
es más dulce, más dulce todavía.

Entre tanto me basta
saber que te poseo,
y al cabo es la palabra
un vano soplo que se lleva el viento.

¡Oh! jura, amada mia,
jura siempre si quieres;
pero bajo una sola
palabra nada más puedo creerte.

Por eso me reclino
sobre tu seno hermoso,
en donde, enagenado,
feliz como ninguno me supongo.

Y así pienso, mi amada,
gozando tal delicia,
que me querrás tú siempre,
eternamente... y más aún todavía (1).

XIII.

Para los ojos de la amada mia
compuse bellas trovas y canciones,
dediqué á su boquita una poesía,
y á cuantas perfecciones
en ella he visto, le rimé inspirada,
enamorada y juvenil cancion;
y ¡qué bello soneto compondría

(1) "Eternamente y más todavía," eternamente y más tiempo despues, no deja de ser un absurdo sublime.

al corazon ardiente de mi amada...
si mi amada tuviese corazon! (1)

XIV.

Es la gente muy ciega,
ciega y estúpida,
y cada vez se vuelve
aún más absurda:
¿no se complace
en murmurar que el tuyo
no es buen carácter?

Es la gente muy ciega,
ciega y estúpida,
y sus propias sandeces
no las vé nunca:
ignora cuánto
gozo yo con tus besos
y tus abrazos!

XV.

Ya es preciso, amada mia,
que me lo digas de veras.
Díme pues, ¿eres acaso
alguna vision de aquellas

(1) Esta breve poesia, con alguna variante, apareció en castellano en 1866, en *La Lira del Guadalete*, colección poética de que es autor el del presente trabajo.

que en los días calorosos
del verano se despiertan
y salen como fantasmas
del cerebro del poeta?

Pero no; que una boquita
como la tuya pequeña
y linda, tan grandes ojos
y encantadores, tan bella,
tan amable niña, eso
no es la creación de un poeta.

Basiliscos y vampiros,
mónstruos y dragones: esas
especies de animaluchos
fabulosos, eso crea
únicamente el cerebro
visionario del poeta.

Pero á tí y á tu malicia
y tu semblante y tus pérfidas
y dulces miradas... eso
no es la creación de un poeta.

XVI.

Como Vénus saliendo
de entre espumosas olas, hoy con toda
su hermosura gentil resplandeciendo,
marcha mi amada á celebrar su boda.

Corazon, corazon: tú que costumbre
de ser sufrido tienes, no le guardes

rencor por su traicion: tu pesadumbre
soporta sin rencilla;
perdona cualquier cosa que haya hecho
la adorada loquilla (1).

XVII.

No te quiero; y si pedazos
mi corazon está hecho,
amada que para siempre
he perdido, ¡no te quiero!
Deslumbras con todo el brillo
de tu nupcial aderezo;
mas ninguno, ningún rayo
de tus diamantes soberbios,
puede iluminar la noche
de tu corazon por dentro.

Desde hace tiempo lo sé.
No há mucho, te he visto en sueños.
VÍ la noche de tu alma
y las víboras que eumedio
de esa noche serpentean...
He visto y sé muy de cierto
cuán desventurada eres
en el fondo desde há tiempo.

(1) Ha llegado la hora de que el poeta abandone sus ilusiones. Su amada prefiere á otro advenedizo, con el cual se casa. Ante esta emocion primera, que le produce la ingratitud, acude á su mente la idea de perdon y de clemencia: más tarde estallaré en acentos desesperados.

XVIII.

Eres muy desgraciada
y tenemos que ser nosotros dos
desgraciados, en tanto llegue el día
en que permita Dios
que destruya la muerte despiadada
mi corazón y el tuyo, amada mía.

Veo la burla que vaga
alredor de tus labios, tu arrogante
mirada y el orgullo que embriaga
tu hinchado seno; mas penetro que eres
tan miserable como yo, no obstante.

Oculto sufrimiento
comunica á tus labios movimiento.
Una lágrima empaña el brillo hermoso
de tus ojos; secreta llaga ulcéra
tu seno vanidoso;
mentira es tu alegría...
Los dos hemos de ser ¡ay! miserables,
los dos, amada mía.

XIX.

¿Has olvidado del todo,
por ventura, que fué mío
tu corazón mucho tiempo
tu dulce corazoncito
en otro tiempo tan dulce

y, aunque tan falso, tan lindo
que nada en el mundo, nada
pudiera ser tan dulcísimo,
ni tan lindo, ni tan falso?
¿Has olvidado, bien mío,
el amor y los pesares
que tenían oprimido
mi corazón de igual suerte?...
Yo no sé si predominio
sobre el pesar alcanzaba
en mí el amor; pero es fijo
que los dos inmensamente
grandes eran é infinitos.

XX.

Y si supieran las flores;
si las buenas florecitas
supieran mis infinitas
heridas y mis dolores,
verterían con amor
en mi corazón llagado
de su perfume preciado
el bálsamo bienhechor.

Y si pudieran saber
los ruseñores mi llanto,
con su más alegre canto
viniéranme á distraer.

Y si mi acerbo dolor,
allá arriba, las estrellas

de oro conociesen, ellas
tambien como el ruiseñor
y las flores, dejarian
siquiera un momento el cielo
y luminoso consuelo
benéficas me traerian.

Pero nadie lo que yo
padezco sabe ni vé
sino ella sola, ella que
mi corazon destrozó.

XXI.

¿Por qué, dime, están pálidas las rosas?
¿Por qué en el verde césped las violetas
tan marchitas están y pesarosas?
¿Por qué la alondra canta
con voz tan melancólica en el aire?
¿Por qué el aire levanta
de entre los bosquecillos de jazmines
tan funeral aroma? ¿Por qué apenas
alumbra el sol y está la tierra oscura
como tumba? ¿Por qué estoy yo tan triste,
tan enfermo y sufriendo esta amargura?
¿Por qué de tan fatal melancolía
mi espíritu se siente dominado?
¡Ah! ¿Por qué, amada mia
de mi corazon, me has abandonado?

XXII.

Mucho han hablado
sobre mi asunto,
se han lamentado
mucho además;
mas lo que siente
mi atribulada
alma realmente,
no lo sabrás.

Han discutido
con aire grave,
han proferido
mucho sandez;
decir oíste
que yo era el diablo
y lo creíste
con sencillez.

Pero lo grave
no te lo han dicho:
nadie lo sabe,
nadie lo habló;
porque guardado
muy reservado
dentro del pecho
lo tuve yo (1).

(1) Y es lo más grave que lo grave del poeta no se penetra en sus versos.

XXIII.

El tilo florecía,
el ruiseñor cantaba,
el sol graciosamente
derramaba su luz pura y diáfana.

Entonces de tus brazos
me aprisionaba el fuego,
y me estrechabas contra
tu caloroso y palpitante seno.

Las hojas se caían,
triste el cuervo graznaba,
el sol sobre nosotros
echaba indiferente sus miradas.

Entonces nos dijimos
«¡adios!» el adiós último,
y me hiciste en seguida
la reverencia más cortés del mundo.

XXIV.

Mucho nos hemos querido
nosotros dos; sin embargo,
bastante poco en tan largo
espacio habemos reñido.
Cuando á marido y mujer
jugábamos de pequeños,
siempre estábamos risueños

sin pegarnos ni ofender.
Más tarde, en mis alegrías,
juntos hemos bromeado
y tiernamente me has dado
besos como en otros días.
Por último, se repite
entre nosotros la edad
de la infancia; á la verdad
jugamos al escondite,
y de tal modo nos hemos
escondido, que jamás
te hallaré ni me hallarás...
¡Jamás nos encontraremos!

XXV.

Con interés me miraste,
fiel me fuiste mucho tiempo;
mis miserias, mis angustias
te deben muchos consuelos.

Comida, bebida, equipo,
adelanto de dinero,
hasta el mismo pasaporte
para el viaje te debo.

Aun mucho tiempo, mi amada,
del calor, del frío intenso
librete Dios; pero nunca
te premie el bien que me has hecho! (1).

(1) Estas estrofas no pueden ser más prosáicas, ni hubiera perdido nada el *Intermedio* con que el autor hubiese omitido esta poesía. Se ha llevado tan allá el realismo, que se encuentra fuera del dominio de la imaginación.

XXVI.

Y mientras yo divagaba
por comarcas muy remotas,
tan largo, tan aburrido
se le hizo el tiempo á mi novia,
que se mandó hacer muy pronto
un rico traje de boda
y al más tonto de los novios
abrazó voluptuosa.

Pero mi amada es tan linda,
tan bella y encantadora,
que nunca su dulce imagen
de ante mis ojos se borra.
Las violetas de sus ojos,
de sus mejillas las rosas
y los lirios de su frente
brillan y florecen todas
las estaciones del año,
y sería la más tonta
de mis tonteras creer
que yo pudiese, ni ahora
ni en tiempo alguno, alejarme
de mujer tan deliciosa.

XXVII.

Quando estés acostada
en la tumba, mi amada,
yo bajaré á tu lado eternamente.
Quando dejen los muertos su morada

enmedio de la noche silenciosa,
nosotros seguiremos en la fosa
abrazados los dos estrechamente.

Y cuando llegue el día del Juicio
y del severo exámen
y las trompetas á los muertos llamen
á eterna gloria ó perenal suplicio,
no desharemos nuestro abrazo ardiente,
y como si tal cosa,
nosotros seguiremos en la fosa
abrazados los dos estrechamente.

XXVIII.

Levántase un pino aislado
del Norte sobre una peña
árida, en donde, embozado
en blanco manto formado
de nieve, dormita y sueña.

Con una palmera hermosa
que, nacida en la pendiente
de una peña ó roca ardiente,
se consume silenciosa
allá abajo en el Oriente (1).

(1) Esta poesía breve, insignificante, este capricho poético, contenido tan solo en dos estrofas, vale tanto como el poema; ¡qué sencillez! ¡qué procedimiento tan nuevo! ¡cuánta originalidad! Son dos paisajes en miniatura dignos del pincel de Haes, que aunque forman verdadero contraste, se ligan mediante el sueño del pino helado con la palmera de fuego. Enrique Heine habla en esta poesía con el lenguaje del misterio, el cual tiene que ser eternamente oído.

XXIX.

—¡Ah! Si yo fuese al ménos,
exclama la cabeza,
el taburete donde
descansa la pequeña
planta de mi adorada!...
Jugando entónces ella
con sus pies, golpearia
sobre mí de manera
que ninguno me oyese
la más mínima queja.

El corazon exclama:
—¡Ah! Si yo al ménos fuera
el acerico donde
sus alfileres deja!...
Ella me picaria
hasta la sangre, y esa
herida me causára
placer en mi dolencia.

La cancion tambien dice:
—¡Ah! Si al ménos yo fuera
uno de los pedazos
de papel con que ella
se prepara los rizos
de sus hermosas crenchas!...
Yo le murmuraria
dulcemente á la oreja
cuanto respira dentro
de mí, vive y alienta.

XXX.

Para siempre perdí
la risa y la alegría
cuando mi amada se alejó de mí.
Mi corazon se quiebra de pesar,
y en mi triste agonía
¡no puedo ni aun llorar!

XXXI.

De cada pena que siento,
compongo una cancioncita
que sonoramente agita
su plumaje por el viento.

La cancioncita se aleja
volando precipitada
al corazon de mi amada;
pero al regresar, se queja...

Se queja, y nunca á mi encuentro,
por mucho que yo le insisto,
quiere decir lo que ha visto
de su corazon por dentro.

XXXII.

No es posible que olvide
la ventura, mi amada,
de haberte poseido
un tiempo más feliz en cuerpo y alma.

Cuanto al cuerpo, ese cuerpo
tan esbelto y con tanta
juventud, todavía
quisiera que en mis brazos se encontrara.

El alma no me importa:
tengo demasiada,
y lo que yo quisiera
es inspirarte la mitad de mi alma.

Después me abrazaría
contigo, y se formaba
entre los dos un todo
completo hasta no más de cuerpo y alma.

XXXIII.

Alegres y endomingados
se huelgan los campesinos
por praderas, arbolados
y caminos:
saltando van de alegría
y saludando con voces
al domingo, que es el día
de sus goces:
contemplan con estupor
esa florecencia hermosa
de los campos, el verdor
que rebosa,
y con sus grandes orejas
absorben las melodías
de las aves, con sus quejas
y alegrías.

Yo... en silencio sepulcral,
pongo una cortina oscura
en mi ventana, lo cual
me procura
recibir una visita
de mis espectros queridos,
cuya aparición agita
mis sentidos.
Acude el difunto amor
que de su reino sombrío
vuelve á juntar su dolor
con el mío,
y deplorando su pena
al lado de mi quebranto,
el corazón me envenena
con su llanto.

XXXIV.

Más de una imagen de olvidados tiempos
al salir de su tumba, amada mía,
me recuerdan aquel en que vivía
sola, exclusivamente para ti.
Vagaba yo de día por las calles
con tal desasosiego, tan demente,
que me miraba con temor la gente
que acertaba á pasar por junto á mí.

La noche era mejor. Las calles todas
como un desierto estaban solitarias,
y yo y mi sombra errábamos por varias,
acá y allá, en completa libertad.

Mientras iba midiendo con mis pasos
el puente, por las nubes una á una
atravesaba sin cesar la luna
saludándome seria y con frialdad.

Inmóvil yo delante de tu casa
miraba á la ventana, y entre tanto,
transido de amargura y de quebranto,
me echaba sangre el corazon. Yo sé
que miraste bastantes veces desde
tu ventana y que verme habrás podido
al rayo de la luna que, encendido,
lucir como columna allí se vé.

XXXV.

Un jóven ama á una jóven,
á otro jóven ama ésta,
este otro prefiere á otra
y hasta se casa con ella.

La jóven abandonada
se casa con un cualquiera,
con el primero que acude:
el jóven sufre y se queja.

Esta es una historia antigua
que siempre tambien es nueva,
y el corazon desgarrado
tiene aquel á quien le afecta.

XXXVI.

Cuando resonar escucho
la cancioncilla cantada
otro tiempo por mi amada,
sufro muchísimo, mucho:
me temo en ese momento
que mi pobre corazon
se quiebre con la presion
del dolor que experimento.

Un deseo misterioso
me empuja en mis amarguras
hácia las verdes alturas
del bosquecillo frondoso;
y como la nube al mar
su tributo le devuelve,
así tambien se resuelve
en lágrimas mi pesar.

XXXVII.

Há poco que he soñado
con una hermosa hija
de rey, con una jóven
de pálidas y húmedas mejillas.

Estábamos sentados
los dos bajo los verdes
tilos, á cuya sombra
nuestros abrazos eran más ardientes.

«Yo no quiero—le dije—
el trono de tu padre,
ni su cetro de oro,
ni su corona llena de diamantes.

Yo te quiero á tí sola,
á tí, flor de belleza.»
—«¡Ay! eso no es posible,
me dijo con voz dulce y lastimera.

La tumba es mi morada,
y solo venir puedo
á verte á media noche,
y solo á impulso del cariño vengo.»

XXXVIII.

Nosotros nos encontrábamos
sentados, mi cara amada,
sobre ligera barquilla:
la noche serena estaba,
y bogando íbamos sobre
inmensa extension de agua.

Al resplandor de la luna,
de léjos, se dibujaba
la isla de los espíritus,
donde nebulosas danzas
flotaban, donde sonidos
deliciosos resonaban.

Más sūaves los sonidos
eran cada vez, la danza

cada vez más seductora:
nosotros... sobre la vasta
llanura del mar, bogando
íbamos sin esperanza.

XXXIX.

Yo te amé y te idolatro todavia!
y pedazos se haria
el mundo entero, y con igual calor
salir de sus rúinas se veria
la llama de mi amor!

XL.

Vagaba yo una mañana
hermosa por el jardin,
mientras hablaban las flores
cuchichéando entre sí.

Cuchichéaban las flores,
y cuando pasaba yo
taciturno, me miraban
con aire de compasion.

«No te enfades, me dijeron,
con nuestra hermanita, oh tú
pálido amante que vives
llorando su ingratitude!»

XLI.

Como cuento fantástico narrado
en calorosa noche del estío,
luce mi amor con su esplendor sombrío...

El ruiñeñor cantaba;
la luna iluminaba
mi jardín encantado,
por donde dos amantes discurrían
silenciosos; la dama se detuvo
inmóvil como estatua: el caballero
se arrodilló delante;
aparecióse el fiero
y aterrador gigante
del desierto, y la jóven huyó al punto.
Cayó medio difunto
el caballero en tierra ensangrentado,
y se volvió el gigante á su caverna...

Yo estoy muerto, completamente muerto;
estoy en tal estado,
que no falta, por cierto,
sino enterrarme ya... y cuento acabado.

XLII.

Todos han hecho que sufra
y palidezca de enojo,
con su cariño los unos
y con su aversión los otros.

Han envenenado el agua
que bebo y el pan que como,
los unos con su cariño,
con su ojeriza los otros.

Sin embargo, la que pudo
y supo herirme más hondo,
ni aversión me tuvo nunca,
ni amor me tuvo tampoco.

XLIII.

En tu mejilla reside
el verano abrasador;
el invierno, el frío invierno
habita en tu corazón.

Pero estará en tu mejilla
algún día ¡vive Dios!
el invierno, y el verano
estará en tu corazón.

XLIV.

Cuando se dan la mano dos amantes
que á separarse van, suspiran, vierten
lágrimas abundantes.

Nosotros no lanzamos ni un gemido,
ni una lágrima sola... Hasta más tarde
el llanto y los suspiros no han venido.

XLV.

Sentados alrededor
de la mesa mientras que
se estaba tomando el té,
hablábase del amor;
los hombres bajo el moral
concepto lo analizaban,
las señoras lo juzgaban
de un modo sentimental.

—«Platónico debe ser
el amor á lo que infero,»
dijo el flaco consejero
á pesar de su mujer:
la señora sonrió
entónces con ironía,
y un ¡ay! que mucho decia
por lo bajo suspiró.

Dijo el canónigo abriendo
su boca descomunal:
—«No debe ser sensual
el amor; puesto que siendo
de este modo, en daño es
de la salud.» Esto oyó
la jóven y murmuró
en su adentro:—«¿Por qué, pues?»...

Asimismo, prosiguiendo
el inaugurado exámen,
con angustia su dictámen

dió la condesa diciendo:
—«¡Amor es una pasión!»
A cuya frase elocuente,
una taza cortésmente
ofreció al señor baron.

En la mesa todavía
ancho sitio para tí
quedaba; sin duda allí
faltabas tú, amada mía:
tú hubieses dicho mejor
que ninguno, á tu manera,
la final y verdadera
definición del amor...

XLVI.

Mis canciones están emponzoñadas,
¿y cómo habrán de estar? ¿Por qué te admira,
si derramaste abrasador veneno
en la flor de mi vida?

Mis canciones están emponzoñadas,
¿y cómo habrán de estar? ¡oh! bien se explica:
llevo en el corazón muchas serpientes...
y á tí, querida mía.

XLVII.

Ha vuelto á mi memoria—mi antiguo sueño:
una noche de Mayo—bajo los tilos
estábamos sentados—los dos tranquilos

jurándonos eterna-fidelidad.
 A las tiernas promesas-interrumpian
 otras tiernas promesas-que, salpicadas
 de confiancias, besos-y carcajadas,
 garantizaban mútua-cordialidad.

Para que me acordase-del juramento
 reiterado que entonces-tu boca hacia,
 has mordido mi mano,-querida mia,
 has mordido la mano-que te ofreci:
 ¡oh, mi amada, la niña-de azules ojos!
 ¡oh, mi amada, la niña-de blancos dientes!
 tus juramentos eran-muy suficientes,
 la mordedura estaba-de más allí.

XLVIII.

He subido á la cumbre
 de la montaña
 y un vago sentimiento
 me embargó el alma.
 Enagenado,
 suspiré con ternura:
 ¡quién fuese pájaro!

Si yo me convirtiera
 en golondrina,
 volára hácia tu lado,
 chiquita mia,
 y fabricara
 mi nido en los relieves
 de tu ventana.

Si ruiseñor yo fuera,
 chiquita mia,
 desde los verdes tilos
 te ofreceria
 todas las noches
 la coleccion completa
 de mis canciones.

Si yo fuese canario,
 con voz dulcisima
 te divertiera siempre,
 chiquita mia,
 si, como dices,
 los canarios te alegran
 con su palique.

XLIX.

He soñado una noche
 que muerta te veia,
 y desperté llorando,
 y lloraba despierto todavía.

He soñado otra noche
 que ya tú no eras mia,
 y desperté llorando,
 y lloraba despierto todavía.

He soñado otra noche
 que tu amor poseía,

y desperté llorando
más que nunca; pues lloro todavía (1).

L.

Todas las noches te veo
en los sueños de mi alma;
todas las noches te veo
tan risueña, con tal magia,
que sollozando me arrojé
ciego á tus queridas plantas.

Al mismo tiempo me miras
con triste semblante y bajas
tu dorada cabecita:
tus bellos ojos derraman
líquidas perlas, las perlas
relucientes de tus lágrimas.

Tú me dices por lo bajo
entonces una palabra,
y un ramo de blancas rosas
me ofreces. Despierto... y falta
de mi mano el ramo, y quiero
olvidar ya la palabra.

(1) Esta gradación es bellísima. Cuando el sueño le representa el cuadro de su amada muerta y fría, despiértase llorando; pero despierto, se desengaña de la mentira. Cuando sueña que pertenece á otro, derrama abundantes lágrimas; pero despierta y no sabe más ni menos que lo cierto. Cuando, en fin, creía que era amado por ella, no sólo llora al despertar, sino que cae de lo alto de la ilusión querida al precipicio de la verdad amarga, y llora y continúa llorando todavía.

LI.

Es de noche: otoñales
lluvias y vendabales
retumban con estruendo;
las aguas se despeñan mugidoras...
¿Dónde estará á estas horas
mi tímida, mi pobre niña?... Viendo
estoy que se recuesta en su ventana
y que mirando está desde allí mismo,
lágrimas tiernas de dolor vertiendo,
las tinieblas profundas y el abismo.

LII.

El viento de otoño troncha
los árboles... Yo atravieso
á caballo por el bosque
embozado hasta el sombrero;
y mientras que yo cabalgo,
galopan mis pensamientos
delante de mí, llevándome
en las alas del deseo
á donde vive mi amada.
Al llegar, ladran los perros,
salen todos los criados
con hachones á mi encuentro
y subo por la escalera
de limpio mármol crujiendo
las espuelas. Mi adorada

está en un rico aposento
adornado con tapices,
perfumado con incienso.
Entonces entre sus brazos
me precipito frenético...

Pero á lo mejor, susurra
entre las hojas el viento
y murmura el viejo roble:
—¿Qué quieres tú, caballero
loco? ¿Qué quieres con ese
loco y mentecato sueño?

LIII.

Despréndese una estrella desde el cielo
sin luz ni resplandores:
es del amor la estrella! Caen al suelo
hojas blancas y flores
de los manzanos, pero el viento llega
y con las hojas y las flores juega.

Canta dentro el estanque
el cisne su cancion y tristemente
se aproxima y se aleja de la orilla;
su voz se va perdiendo lentamente,
y al fin calla, se oculta,
y en la líquida tumba se sepulta...

Todo reposa en fin; pero entretanto,
estrella y luz de vista se perdieron,
hojas y flores por el aire fueron,
y ni el cisne se ve, ni se oye el canto.

LIV.

Me he trasportado soñando
á un castillo gigantesco
de luces encantadoras
y gases mágicos lleno,
donde confusa bullia
por aquel dédalo inmenso
de salones, muchedumbre
de gentes que retorciendo
convulsamente las manos
y gritando al mismo tiempo,
buscaban una salida.
Señoras y caballeros
acá y allá pululaban,
encontrándome yo envuelto
en aquella batahola.
De pronto reinó silencio
y me ví solo, ignorando
cómo en tan breve momento
desfiló la muchedumbre
toda, desapareciendo...
Eché á andar por los salones,
que en la oscuridad se fueron
quedando... mis piés entonces
eran de plomo, mi pecho
llegó á sentirse oprimido
por un angustioso vértigo.
Cuando de hallar la salida
la esperanza iba perdiendo,
alcancé la última puerta;

pero en el mismo momento
de franquearla, cortado
tambien el paso me encuentro:
—era mi amada, que estaba
pesarosa y con misterio
delante de aquella puerta;
sin embargo, habiendo vuelto
paso atrás, ella me hizo
con la mano un signo incierto
que interpretar yo no supe
si fué reproche ó consejo;
pero brillaba en sus ojos
tan vivo, tan dulce fuego,
que sentí violentamente
extremecerse mi pecho;
y mientras que me miraba
con aire extraño y severo,
aunque con amor tan grande...
de pronto me hallé despierto.

LV.

Estaba la noche fria,
soplaban helados vientos,
mientras que yo recorría
todo el bosque y sus lamentos
daba al aire el alma mía.

A los árboles el son
despertó de la tristeza
reflejada en mi canción,
y... me vieron la cabeza
con aire de compasión.

LVI.

Entierran al suicida comunmente
en una encrucijada:
una flor azulada
nace allí, que la gente
llama «la flor del alma condenada.»

Yo me detuve y suspiré mirando
por un rayo de luna iluminada
y en su tallo temblando,
aquella «flor del alma condenada.»

LVII.

Desde que tus ojos
la claridad inmensa
no deslumbra á los míos
como en pasadas épocas,
rodéado me veo
de tinieblas espesas.

Para mí se apagaron
las luces de la estrella
del amor; un abismo
de profundas tinieblas
ábrese ante mis plantas:
¡trágame, noche eterna!

LVIII.

La noche se extendía
 en mis ojos, y como
 si dentro de mi boca hubiera plomo,
 enervado yacía
 en mi tumba. Despues de haber dormido
 por tiempo indefinido,
 sentí al fin que mis miembros se animaban
 y desperté con ligereza, cuando
 me pareció que estaban
 á mi ataüd llamando:

—«¿No te levantas, pues, Enrique? el dia
 eterno resplandece,
 los muertos resucitan y aparece
 la bienaventuranza y la alegría.»

—«No me es posible, respondí á su ruego:
 no puedo, amada mia.»

—«¡Enrique! con mis besos, con mi amor,
 me dijo, te daré luz y consuelo
 y verás á los ángeles del cielo
 y del cielo verás el esplendor.»

—«Yo no puedo, mi amada, levantarme;
 una palabra tuya proferida
 causó en mi corazon tan grande herida
 que no deja un momento de sangrarme.»

—«Pondré en tu pecho, Enrique,
 mi mano de manera
 que el dolor dulcifique
 de esa palabra infiel que te vulnera.»

—«¡Oh! no puedo, no puedo, vida mia:
 otra herida me hiciste
 y una bala de plomo en la cabeza
 tengo desde aquel dia
 en que á mi amor arrebatada fuiste.»

—«Tambien, Enrique, con mis propios rizos,
 la sangre contendré que salir deja
 tu grave herida y calmaré al instante
 el dolor incesante que te aqueja.»

Suplicaba la voz de una manera
 tan dulce y lisonjera,
 que ya no pude resistir más tiempo,
 y al ponerme de pié
 se abrieron mis heridas,
 brotó un caño de sangre... y desperté.

EPILOGO

Ya, pues, de enterrar se trata
 pesados y tristes sueños,
 canciones malas y antiguas:
 proporcionadme un inmenso
 atãud, pero que sea
 de bastante mayor hueco
 que la gran cuba de Hèidélberg (1).

Buscadme tambien un féretro
 de planchas gruesas, compactas
 y tan largo y tan extenso
 como el puente de Maguncia (2).

Para llevar tanto peso,
 buscadme doce gigantes
 más fuertes que el corpulento
 San Cristóbal de Colonia.

(1) En el sótano del castillo de Heidelberg está el gran tonel, de una cabida igual próximamente á 283.000 botellas.

(2) Maguncia, á la izquierda del Rhin, está unida á Castel, pequeña poblacion á la derecha del Main, por un puente de barcas sobre el primero de estos rios que mide unos 1.666 piés alemanes. Hay otro puente de hierro de 1.029 metros para uso del ferro-carril, construido en 1862, pero á este no podrá referirse el poeta por la fecha de su construccion.

Es necesario que luego
lo arrojen á lo profundo
del mar; porque tan inmenso
atãud, tan grande fosa
necesita sin remedio.

¿Sabeis por qué causa pido
caja tan grande?... Es que pienso
enterrar tambien en ella
mi amor y mis sufrimientos.

REGRESO

I.

En mi vida tenebrosa
una luz dulce brilló
otro tiempo: la luz dulce
más tarde se disipó,
y me vëo rodeado
de tinieblas y pavor.
Como cuando el niño á oscuras
con inquieta agitacion,
muerto de miedo, se pone
á cantar en alta voz
para desterrar su angustia,
niño loco tambien yo,
en mis tinieblas me pongo
á cantar... Si mi cancion
armónica no resuena,
á lo ménos disipó
más de una vez las angustias
de mi pobre corazon.